

El brillantísimo acto tuvo digno remate en la ofrenda que de sus publicaciones y trabajos hicieron los investigadores al Caudillo. Toda la España científica levantó su brazo en alto, cantó el himno de la Patria y prometió consagrarse a su resurgimiento y esplendor. Así terminó la magnífica jornada, que por su solemnidad y grandeza no ha tenido par en ninguno de los actos culturales de la nueva España.

EL CAUDILLO INAUGURA EL CURSO ACADEMICO EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Enaltecida y dignificada por la presencia del Jefe del Estado en la inauguración de sus tareas académicas, la Universidad española abre un nuevo curso de trabajo y estudio bajo el más poderoso de los estímulos y el signo de la más severa responsabilidad. Porque, como dijo el Excmo. Sr. Ministro de Educación en el acto inaugural, la presencia del Caudillo de España en la inauguración de un nuevo período de vida universitaria, significa que está en la Universidad misma el vértice auténtico de la más profunda, definitiva y revolucionaria transformación social. Que si hay que imprimir nuevos derroteros al destino de España y se pretende restaurar en ella sus egregios bríos imperiales, será inútil todo—esperanza, sacrificio y desvelo—si no se fomenta en el recinto de la Universidad la solemne y rotunda revolución de los espíritus.

Fué el día 4 de noviembre cuando el Caudillo, en el ámbito sobrio y austero de la Universidad de Valladolid, declaró abierto el curso académico de 1940-41. La ciudad había recibido al Jefe del Estado con sus mejores galas. Antes de dirigirse a la Universidad, el Caudillo asistió en la Catedral a una misa rezada. Procesionalmente, después, entre una muchedumbre enfervorecida y clamorosa en la proclamación de su entusiasmo, fué llevado el Santísimo desde la Catedral hasta una modesta y reducida Capilla, que quedó inaugurada así en el edificio de la vieja Universidad vallisoletana, restaurada de nuevo merced a la atención que en ello puso la más alta jerarquía del Ministerio de Educación, y la diligencia de las Autoridades académicas de aquella ciudad.

En el acto de apertura del curso, el Ministro de Educación y el Rector de la Universidad se sentaron a ambos lados del Caudillo, que presidió la ceremonia inaugural.

El Rector, Sr. Mergelina, pronunció un breve discurso, en el que expuso la labor de un año de trabajo por el resurgimiento de aquella Univer-

sidad y planeó las esperanzas de futuro en cuanto a la creación de una Escuela de Estudios Superiores religiosos y de una Residencia de estudiantes, cuya primera piedra colocóse precisamente aquella misma tarde.

Después de unas palabras del Catedrático D. Manuel Ferrandis Torres, hizo uso de la palabra el Delegado Nacional del S. E. U., camarada José Miguel Guitarte, quien resaltó la importancia de conseguir la inmediata reglamentación de la milicia universitaria, imprimiendo a las juventudes de hoy las virtudes de honor, lealtad y disciplina que son gala del Ejército español.

Cerró el acto el Ministro de Educación Nacional, quien empezó su discurso resaltando la significación que tenía en aquel acto la presencia del Jefe del Estado. «Los hombres—dijo—que llevaron nuestra Patria hasta las cumbres del más soberano poderío, no porque fueran guerreros triunfadores olvidaron la importancia de la consagración al solitario y áspero oficio de las Letras. Si no fué ajena, en el transcurso de pretéritas centurias, la intervención de los Jefes de Estado en la vida de la Universidad, menos podría serlo ahora, en que España, al cambiar de raíz la esencia de sus sistemas políticos, afirma el sentido metafísico de su Revolución, proclamando—frente a las corrientes desespañolizantes de una cultura neutra—los principios cristianos de una ciencia española».

Hizo un estudio detallado después de la labor realizada al frente del Ministerio de Educación Nacional durante un año de tarea ordenadora y reconstructiva.

«A la difícil situación creada por las destrucciones materiales se unía el estado de absoluto derrumbamiento en que se encontraba la cultura nacional. Había que dar contenido a la inquietud de una hora, en la que, entre una ruina de conceptos y de sistemas, permanecía sólo en pie la afirmación de un Estado fuerte, que decidió sobrevivirse a costa de sacrificios de su propia sangre... Había que comenzar así por reclutar la milicia de la ciencia con la consigna implacable de la investigación y el estudio. Esta falange de la alta cultura encarnó en realidad auténtica y actual en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.»

En el plano de la enseñanza, el problema del profesorado reclamaba con exigencia inaplazable solución inmediata. «Yo tengo el deber y el dolor de afirmar desde aquí—proclamó el Sr. Ibáñez Martín—que un crecidísimo tanto por ciento del Profesorado español era afín—en temperamento, en formación intelectual, en vocación política y en espíritu—a aquel mismo sistema de gobierno que sumió a nuestra Patria en una ruina jamás imaginable, donde la norma y la justicia habían sido derrotadas y sustituidas por el crimen».

Pero había en España una nueva generación no contaminada de pasados errores. Era la misma que hizo nuestra guerra de redención y alentó antes en las centurias de nuestra Falange el espíritu iniciador de nuestra

Cruzada. A ella había que abrir de par en par las puertas de la Universidad y de los demás Centros docentes. «Pero adviértase bien—subrayó el Sr. Ibáñez Martín—que estas Cátedras no se han otorgado ni se otorgan como premio a labores militares heroicas ni se proveen con un afán inconsciente y necio de llenar huecos, granjeando favores a meritorias actuaciones políticas. Jamás en la vida cultural española se ha exigido a los Tribunales de Cátedras una mayor dureza en la elección de aptitudes y capacidades».

Después de referirse a la ordenación de las Bellas Artes y a la misión que está encomendada al Consejo Superior de Investigaciones, el Ministro expuso, con una perfecta claridad de doctrina los postulados de la nueva Universidad. Se refirió al universitarismo clásico español, y proclamó las líneas principales de la unidad universitaria y de la Universidad total. «Queremos sobre todo—afirmó—una Universidad nacional, subyugada con fuerte disciplina a los intereses materiales y morales de la Patria. Pero, además, la Universidad no deberá aislarse del mundo social en que vive. No nos importará que se nos tache de revolucionarios si obligamos a la Sociedad a no desvincularse de la vida universitaria y a que ésta se oriente en razón de las preocupaciones y de las inquietudes de la Patria».

«En la nueva Universidad haremos que las Facultades sean unidades científicas y pedagógicas al servicio de la Patria; que tengan todas las de una misma rama el mismo nivel mínimo en el país; que exista una verdadera unidad de ciencia en el conjunto de las variedades; que un mismo pensamiento y una misma voluntad sean nota común de los afanes del Profesorado. La autonomía didáctica degenera con facilidad en anarquía y propende a la extensión de las disciplinas, según los caprichos científicos, con mengua de la intensidad en lo fundamental.»

«Por último, el Ministro terminó con estas palabras dirigidas a la juventud: «No olvidéis que José Antonio dijo, recogiendo la frase bíblica, que la vida del hombre es milicia constante sobre la tierra. Y si vivir es militar, todos los sacrificios que se os pidan se los debéis ya de antemano a la Patria porque la paz y el bienestar son ya excepcionales situaciones de decadencia para los pueblos.»

«Este es el mandato de vuestros camaradas caídos. No sólo que no desalentéis en el esfuerzo de rehacer la Patria que ellos presagiaron, sino que, por la gloria de su sangre selléis en abrazo fraterno—bajo la jerarquía de un Caudillo que es ejemplo y lección de sacrificio por el resurgimiento de un Imperio—, la unidad indestructible de los hombres de España.

¡ Arriba España !»